

sois los únicos a quienes se ha hecho alguna promesa. Con frecuencia ocurre en los grandes buques negreros que, durante una horrible tempestad, cuando se ve en peligro el buque se demanda el auxilio de los mismos negros que yacen amontonados en el fondo de la obscura cala. Se rompen sus férreas cadenas y se les promete santa y lealmente otorgarles la libertad, si con su esfuerzo se llega a salvar el barco. Los miopes negros, al verse arriba, a la luz del día, gritan: "¡Hurra!", corren a las bombas, bregan con todas sus fuerzas, ayudan donde hay que ayudar, trepan, saltan, desmochan los mástiles, enrollan los cables, trabajan, en fin, hasta que el peligro ha pasado. Entonces, como es de suponer, los vuelven a bajar a la cala, los vuelven a encadenar convenientemente, y en su obscura miseria hacen demagógicas consideraciones acerca de las promesas de los traficantes en almas, cuyo único cuidado, una vez que el peligro pasa, es cambiar algunas almas más.

**Oh navis, referent in mare te novi
Fluctus! etc.**

Cuando mi viejo profesor explicaba esta oda de Horacio en que se compara el Estado a un buque, tenía que hacer toda clase de consideraciones políticas, que suspendió bien pronto, así que se dió la batalla de Léipzig y se dispersó toda la clase."

* * *

"Cuando se ve a ese pueblo rubio, de rubicundas mejillas, con sus brillantes coches, abigarrados lacayos, sus relinchadores caballos de carrera, sus señoritas de compañía con sus velos verdes y demás costosos trebejos pasar por los Alpes curioso y engalanado y atravesar la Italia, se cree ver una elegante invasión de bárbaros. Y en efecto, el hijo de Albión, a pesar de vestir ropa blanca y pagarlo todo al contado, es todavía

un bárbaro civilizado en comparación con el italiano, que revela más bien una civilización que tiende a la barbarie.

Aquél muestra en las costumbres una grosería reprimida, éste una finura exagerada, y hasta los pálidos semblantes italianos, los ojos de mirada triste, los labios de una ternura enfermiza, ¡qué inexplicable distinción tienen frente a esos rígidos semblantes británicos rebosando salud en su vulgar rubicundez! Todo el pueblo italiano padece una enfermedad interna, y los hombres enfermos son siempre verdaderamente más distinguidos que los sanos, pues sólo el hombre enfermo es hombre, sus miembros revelan una historia de dolores, están saturados de espíritu. Yo hasta creo que a fuerza de luchar con el sufrimiento pueden los animales convertirse en hombres; vi una vez a un perro moribundo que en su agonía me dirigió una mirada casi humana.

* * *

—¡Pienso! — exclamó el lagarto en tono breve y altanero, del más profundo menosprecio—; ¡pensar! ¿Quién de vosotros piensa? Mi sabio señor; hace tres mil años que estoy haciendo disquisiciones sobre el funcionalismo espiritual de los animales; he hecho principalmente objeto de mi estudio a los hombres, monos y culebras, he consagrado tanta aplicación a estas extrañas criaturas como Lyonnet a sus orugas de sauce, y como resultado de todas mis observaciones, experimentos y comparaciones anatómicas, puedo a usted asegurar detenidamente que ningún hombre piensa, que sólo de cuando en cuando se le ocurre alguna cosa, y a estas ocurrencias completamente involuntarias se llaman pensamientos, como a la coordinación de las mismas le llaman pensar. Pero en mi nombre puede usted repetir: ningún hombre piensa, ningún filósofo